



Capítulo 462: Comenzaron a perseguir a Virgilio

El cielo de arriba era de un gris enfermizo, como si el tiempo estuviera suspendido. Sin canto de pájaros, sin susurros de animales—sólo un viento extraño que parecía soplar en círculos, como si el bosque respirara por sí solo. Árboles retorcidos, con troncos tan negros como el carbón y ramas que se extendían como garras, formaban un laberinto natural, sofocante y enigmático.

Allí, en el corazón de la nada, estaba Zafiro.

Solo.

Su capa oscura bailaba detrás de ella, sujeta a sus hombros por broches plateados en forma de colmillos. Su cabello blanco, plateado brillante en el pálido tragaluz, se balanceaba con el sofocante viento del bosque.



Miró a su alrededor y sus ojos dorados evaluaron la extensión sombría.

"Tsk..." dijo ella, cruzando los brazos. "Estoy perdido otra vez. Increíble."

Durante unos segundos permaneció en silencio, escuchando su propio corazón—tranquila, aburrida y vagamente irritada.

"¿Por qué estoy aquí?" Ella preguntó en voz alta, a nadie. "Vergil ya dejó claro que no quería que lo siguieran. Ni siquiera dejó rastro... ese bastardo."

Otro suspiro. Largo. Profundo. Enojado y aburrido al mismo tiempo.

"Entonces ¿por qué carajo todavía me importa?"

El silencio respondió con una ráfaga de viento frío. Pero Zafiro se rió, y su risa sonó como un tintineo metálico en el aire venenoso de ese bosque impío.

"Ah... por eso." Ella sonrió con picardía, sus ojos brillaban con un brillo casi infantil. "Porque es muy divertido."

Ella se giró y dio el primer paso hacia el bosque. Y mientras lo hacía, algo cambió.

La misma tierra parecía aceptar su presencia. El bosque se cerró detrás de ella como una mandíbula. No existía nada más que ella y ese oscuro laberinto.

Pero no fue sólo Zafiro quien caminó por el Bosque Oscuro en World's End.

En la inmensidad casi infinita de ese dominio que desafiaba la lógica, el tiempo y el espacio, avanzaron otras figuras —algunas por voluntad propia, otras guiadas por destinos entrelazados con los de Virgilio.

Katharina estaba parada en algo que podría llamarse un jardín de lava.

El paisaje que la rodeaba rugía. Katharina estaba de pie, envuelta por un calor tan intenso que el aire parecía temblar a su alrededor. La vegetación se derritió en llamas líquidas. Los árboles carbonizados exhalaban humo negro y el suelo crepitaba con losas de roca volcánica que se movían bajo sus pies como pedazos vivos.





Caminó por lo que parecía ser un jardín de lava viva, donde las flores estallaban en llamas y los arbustos estaban hechos de brasas. Sus ojos azules contrastaban con el paisaje abrasador, fríos como el acero que llevaba en la espalda.

"Esto es una provocación", murmuró, pasando la mano por la empuñadura de su espada. "Quien creó este maldito bosque es un maldito bastardo infernal."

De repente, criaturas de magma comenzaron a emerger del suelo. Golems en llamas con ojos fusionados con azufre. Pero ella no lo dudó. Un paso adelante y su espada ya bailaba—rápida, quirúrgica, fría como la muerte.

"Hola, bastardos. Apártate del camino. Quiero encontrar a mi marido."

Ella atravesó el calor con su presencia, como si la furia misma del bosque fuera desafiada por su disciplina inquebrantable.

...Roxanne, por otro lado, estaba en un lugar llamado Windswirl.

La tormenta gritó.

Muy arriba, entre las vertiginosas montañas del bosque, Roxanne caminaba con paso firme, incluso mientras le arrancaban el aliento de los pulmones. A su alrededor, los huracanes bailaban en torbellinos incontrolados, arrancando árboles, destruyendo pedazos de la realidad y uniendo nuevos espacios en el mismo instante.

Su cabello, atado en un moño improvisado, ya estaba casi suelto por el viento. Pero ella sonrió. Una sonrisa de alguien que disfrutaba del caos.





"Esto es ridículo", gritó al viento. "Vergil, si hiciste esto a propósito, felicitaciones. Estoy tan impresionado... ¡y casi muerto!"

Se agachó, clavando los pies en la tierra suelta y extendió los brazos, canalizando su propia magia. Los vientos obedecieron. No del todo—sólo lo suficiente para que ella continúe.

"Apártate de mi camino. Mi marido destruirá este lugar si no termino con él primero."

Y con un salto, Roxanne desapareció en el huracán más grande.

Ada, estaba en la cima que nunca termina

En la cima de una montaña donde no había cumbre, donde cada paso creaba más altura, Ada caminaba.

Caminó recto por un camino empinado que nunca terminaba, como si el bosque intentara atraparla en un ciclo de ascenso inútil. El viento estaba helado. El paisaje de abajo ya no era visible —solo nubes, niebla y vacío.

Ella no parecía cansada. Sólo tengo curiosidad.

"Esto... es como una broma." Murmuró para sí misma, ajustando la larga capa que ondeaba como una bandera. "¿Una prueba de paciencia? ¿Una prueba de voluntad? Tsk... no funcionará conmigo."

Cada paso fue silencioso. Cada movimiento es deliberado. Ada fue creada a propósito y el bosque no sabía qué pensar de ella.





"Espero que mi marido esté bien..."

Entonces algo brilló más adelante —un cristal negro flotante, pulsando con la energía de Virgilio. Ella entrecerró los ojos y continuó.

Arriba.

Mientras algunos luchaban, otros estaban en sus propios paraísos personales...

Rafaelina estaba en un río de sangre

El agua no era agua. Era sangre.

Rafaeline flotaba en un barco hecho de huesos, deslizándose lentamente por un río de color rojo oscuro, con su superficie aparentemente líquida. El bosque allí era silencioso... y reverente. Árboles muertos con venas pulsantes se inclinaban hacia el río, como temiendo lo que llevaba Rafael.



Ella sostenía una espada y mantenía una sonrisa en su rostro.

"Este lugar es más antiguo que el tiempo", murmuró. "Me pregunto cómo están los demás. Estoy bastante contento."

Miró la orilla, donde las figuras se retorcían bajo la piel de la tierra, tratando de salir, llorando pidiendo ayuda. Ella no miró hacia otro lado.

Ella era la verdad de ese mundo. Puro, frío e inevitable.



Stella, sin embargo, estaba en un lugar conocido por los demonios: El abismo olvidado.

Al borde de un acantilado que se abría a la nada, Stella se quedó quieta, con la cabeza en alto y los brazos cruzados.

El cielo allí era aún más oscuro. Como si todo lo que estaba más allá del borde fuera olvido. El viento susurraba secretos perdidos y el suelo se agrietaba bajo sus pies como si intentara convencerla de que cayera.

Pero Stella no caería.

Ella esperó.

"Estoy tan aburrida..." dijo ella, a nadie. "Ni siquiera un pequeño caramelo... maldita sea..."



Ella miró hacia el abismo. Algo parpadeaba por dentro. Una pequeña luz. Una llamada.

Ella sonrió de lado.

"Quieres que salte, ¿no?" Ella se quitó los zapatos. "Entonces veamos hasta dónde estás dispuesto a caer." Y sin dudarlo, saltó. ¿Por qué?

Ella estaba aburrida...

Y la otra persona aburrida en esta situación... bueno, ese era Sephirothy.



Sepphirothy estaba sentado sobre un tocón de madera.

Solo.

Cabello que fluye como seda blanca, ojos medio cerrados. Sus manos descansaban tranquilamente en su regazo. El entorno parecía... muerto. No es hostil, sino más bien un campo donde la guerra había terminado hacía mucho tiempo.

"Envía a cada uno de ellos a un lugar diferente... oh querido... solo esperaré."
Su voz era suave, claro. "Él vendrá aquí."

